

# LA FUGA



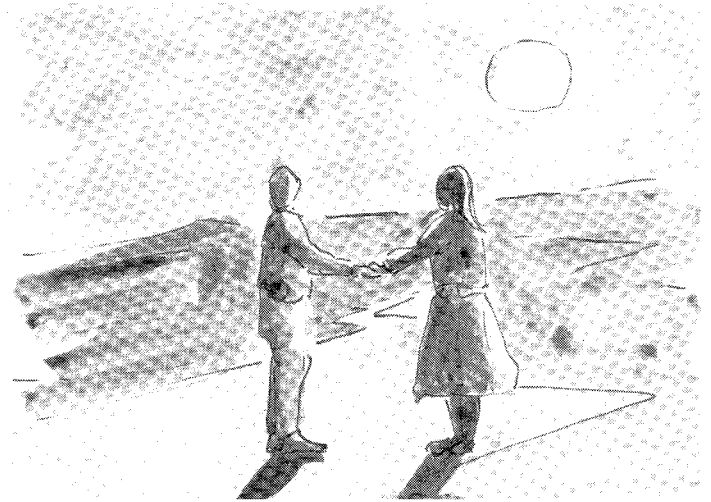
Esta mañana al levantarme he notado algo raro en el ambiente del cortijo. Encuentro a todos los miembros de la familia menos comunicativos que de costumbre, serios y con un aire de preocupación. Presiento que ha debido ocurrir algo grave, y como nadie parece estar dispuesto a entablar charla conmigo y explicarme el motivo de las caras serias, no he tenido más remedio que abordar directamente a la tía Concepción, que parecía ser la más afectada por la ola de mutismo, y preguntarle qué ocurría.

La tía Concepción me lo ha explicado con palabras entremezcladas de suspiros y lágrimas.

- Una locura, señor, una locura. Que los jóvenes no tienen miramientos.

Lo ocurrido, en pocas palabras, es que la noche antes, viernes por más señas, y día obligado de ronda, la Joaquina, la hija mayor, se ha fugado con el novio. O sea, que el Javier, que llevaba dos años entrando en la casa, sin faltar ni una noche de ronda, se había liado la manta a la cabeza y se había llevado la novia. Así se quitaba la pejiquera de seguir rondando.

Esto era algo que inevitablemente tenía que suceder tarde o temprano, y que la familia lo esperaba



con la misma conformidad que se esperan otras cosas que tienen que suceder a la fuerza, pero eso no quita que al enfrentarse con el hecho irreversible, la familia no sienta un cierto desconsuelo y preocupación. Los padres, por la ausencia de la hija, y los hermanos, por lo embarazosa que resulta la situación cuando la noticia corre y los vecinos preguntan. Pero es solo un disgusto o desconsuelo fugaz que nunca da motivo a escenas de dolor, y ni aún siquiera a lamentaciones en voz alta, y la prueba es que para enterarme he tenido que preguntar.

He dicho antes que la cosa era inevitable y que la familia esperaba este desenlace de las sesiones de ronda, y ello es debido a que el hecho de fugarse una novia con su novio es en esta comarca la cosa más natural del mundo. Tan natural y tan corriente que resulta por el contrario excepcional que los novios no se fuguen y esperen a casarse como Dios manda antes de unirse.

Sin ir más lejos, y ciñéndonos al círculo de la propia familia que me acoge, resulta que el tío Juan se llevó en su día a la tía Concepción. Que los padres de ambos iniciaron sus matrimonio fugándose a su vez, y que haciendo un ligero repaso entre hermanos

de una y otra parte, primos y demás parientes, hasta reunir una docena larga de matrimonios, solo hay constancia de dos bodas bien hechas: es decir, pasando por la Iglesia antes que por el catre, frente a diez precedidas de la típica fuga de la pareja.

Es una costumbre como otra cualquiera que aquí no se considera en modo alguno denigrante u ofensiva para los protagonistas o sus familiares. En realidad, y dada la implantación generalizada del sistema, no tendría ningún sentido que los padres, los familiares o los amigos censurasen a una pareja de novios que se fuga, cuando ellos han hecho antes lo mismo sin darle la menor importancia al acto.

Así pues, y aunque al lector le cueste trabajo creerlo, el que una muchacha se vaya con el novio, o que un muchacho se lleve a la novia, que así es como se dice, es tan natural en estos parajes como que las gallinas pongan huevos. Lo insólito es que no ocurra y que los novios tengan paciencia para esperar a la bendición del cura. Y sirva de apoyo a esta singular costumbre el hecho probado de que de cada diez matrimonios que se forman en el campo, ocho se inician con la fuga de la pareja, aunque después, como es natural, legalicen y bendigan su unión pasando por el Juzgado y por la Iglesia. Que lo cortés no quita lo valiente.

El lector podrá pensar que esta extraña costumbre es fruto de la incultura y del bajo nivel social y económico que reina en el campo, con lo cual se equivoca de cabo a rabo, pues ni en el campo hay tanta incultura como se piensa en la ciudad, ni el bajo nivel social y económico es un detonante de las fugas de novios. Nada de eso. Claro que si descartamos estas socorridas explicaciones de la incultura y la pobreza, habrá que buscar otra motivación para aclarar el fenómeno, y la primera que se nos viene a la mano es que los novios se fugan para vencer la oposición de los padres. -Que

nuestros padres no están conformes con la boda, pues nosotros nos fugamos, y que nos echen un galgo.- Pues no, tampoco esta explicación vale, porque la acción de "llevarse a la novia", la ponen en práctica con la misma naturalidad y frecuencia, personas cultas y analfabetas; ricas y pobres, y las parejas que tienen los padres a favor y las que no los tienen. Por supuesto, en todas las normas hay excepciones y no se puede dar por descontado que alguna fuga tenga su origen en alguno de esos motivos, pero sólo en muy contados casos.

La verdadera motivación que ha convertido el fenómeno de la fuga de los novios en un hábito normal, intrascendente desde el punto de vista moral y hasta simpático en opinión de la mayoría, no hay que buscarlo en la sincultura, en la economía o en la oposición familiar, sino en algo de raíces más profundas, más íntimo, que nace dentro de los propios protagonistas, y que desde fuera no es fácil explicar. Digamos sencillamente que los novios se fugan porque se quieren, y porque les da la gana fugarse. Y no le demos más vueltas al asunto.

Yo no me atrevo tampoco a juzgar si hacen bien o hacen mal, viviendo juntos antes de estar casados legalmente. Doctores tiene la Iglesia para ésto. Pero sí me atrevo a opinar que hay algo de positivo en el hecho, y es la absoluta sinceridad y la firme confianza mutua que mueve a los dos protagonistas en su acción. Es evidente que cuando una pareja de jóvenes deciden unirse de esta forma, por su libre albedrío, atropellando todos los convencionalismos y sin ninguna presión que les obligue a ello, han de estar muy seguros de sí mismos y muy conscientes de la responsabilidad que contraen. Y la prueba más indiscutible de ello es el hecho admirable de no darse apenas un solo caso de abandono de la muchacha después de fugarse con el novio. No tengo noticia de ninguno.

En este aspecto, parece existir entre la gente del campo un rígido código de honor y de hombría que impide al hombre que saca a una muchacha de su casa, abandonarla a su suerte después de gozarla. Pienso, por otra parte, conociendo el fondo moral de estas gentes, que si un muchacho cometiese una acción de este tipo, sería despreciado de tal modo que tendría que expatriarse.

Si llega el caso de una separación o abandono de la mujer, cosa rarísima, sólo se producirá después de que la pareja esté casada legalmente. Antes nunca.

Al tratar de la ronda, y de la forma en que se desarrollan las relaciones de noviazgo, ya indiqué que las parejas celebran todas sus entrevistas bajo la vigilancia permanente de algún familiar de la moza, normalmente la madre, sin que en ningún momento los tórtolos tengan posibilidad de zafarse del control. Y no es posible zafarse porque la vigilancia es muy estrecha y se ejerce de una forma casi ofensiva para la pareja. Si la entrevista se celebra dentro de la casa, la madre se sentará en otro extremo de la habitación, pero dando la cara a los novios, y sin quitarles la vista de encima ni un instante. Si se trata de ir a una fiesta del pueblo o a un baile en un cortijo del contorno, la pareja marchará delante por el camino platicando de sus cosas, pero a pocos pasos detrás irá la madre, acompañada de alguna vecina o de los hijos menores, pero sin perder de vista a los novios. Ya en la fiesta o en el baile, la vigilancia continuará de igual forma y sin el menor descanso.

En todos los bailes se ve siempre a la gente joven agrupada en el centro de la pista, y en la parte de atrás, un corro serio de madres vigilantes que no se pierden el más mínimo movimiento de sus hijas y de sus acompañantes. Es la norma.

Pues bien, toda esta férrea y estrecha vigilancia que impide que los novios se den un casto beso, no

impiden en cambio que se fuguen tranquilamente cuando se les pone en la montera hacerlo.

El lector se preguntará cómo se las arreglan para burlar tal vigilancia, y a esto he de responder que no tienen ninguna necesidad de burlarla, porque ellos actúan por sorpresa cuando la vigilancia no existe ni tiene razón de existir.

En casi todos los casos que conozco directamente, o he tenido ocasión de indagar, la fuga se ha producido siempre de la misma manera, aunque con ligeras variantes. Su planteamiento esencial es el siguiente.

Cuando una pareja decide fugarse, toman el acuerdo en una noche de ronda, pero para ponerlo en práctica en la noche de ronda siguiente. En los días que median entre una ronda y otra, o sea, entre la del proyecto firme y la ejecución, el mozo se ocupará de buscar el acomodo correspondiente para lo que podríamos llamar la luna de miel, ya que forzosamente han de cobijarse en alguna parte. Este acomodo para la noche de la fuga y siguientes, se busca en casa de algún familiar del mozo; tías, hermanas casadas, primas, etc. y a falta de este arreglo de familia, en la misma casa de los padres, aunque este último recurso se utiliza en los menos casos, por lo embarazoso que resulta para la pareja permanecer a otro día a la vista de los padres. Los mozos de los pueblos, que también se llevan a sus novias, y por lo general en coche, tienen tendencia en cambio a meterse en un hotel o posada de otro pueblo.

La moza, por su parte, emplea esa pausa de tiempo en preparar, con el mayor disimulo, el hatillo que ha de llevarse en la fuga; es decir, las prendas de ropa más indispensables para el viaje. Hatillo o bulto que una vez dispuesto, sacará a escondidas de la casa, cuando nadie la vea, y ocultará en algún lugar seguro en las proximidades del cortijo.

La noche de la escapatoria vendrá el novio como todas las noches que toca ronda, tendrá su sesión de palique como de costumbre, bajo la reglamentaria vigilancia de la madre, y cuando llegue la hora de cortar la sesión, el mozo se despedirá y se marchará como si tal cosa. Todo con la mayor naturalidad.

La moza, que ha estado sentada sin moverse dos o tres horas, y además recién cenada, tendrá entonces precisión de ir a la cuadra, al corral o a la esquina, cosa también natural, pues este es el inconveniente de no contar con retrete dentro del cortijo, que las necesidades mayores y menores hay que hacerlas fuera. Como la cosa es totalmente normal y se repite todas las noches, nadie de la familia sospechará de esta salida de la muchacha antes de acostarse. Va hacer una cosa que nadie puede hacer por ella.

Las sospechas surgen cuando, transcurrido un tiempo prudencial, la moza no regresa de su salida. Naturalmente, lo inmediato es salir a buscarla a la cuadra, al corral o a la esquina, pero al no encontrarla ni responder a las llamadas que se le hacen, ya no se sigue buscando más porque la familia se ha percatado de la imposibilidad de encontrarla aquella noche. La moza se ha ido con el novio.

De esta forma proceden la mayoría de las parejas que se fugan. Otras lo hacen aprovechando el barullo de una fiesta en el pueblo, o desapareciendo de pronto en un baile cortijero. Cualquier ocasión es buena si la intención es firme.

Lo que sigue después de la fuga de la pareja, también suele ser lo mismo en casi todos los casos.

A los dos o tres días del suceso, que se corre como la pólvora en el paraje, es normal que aparezcan en casa de los padres de la moza, los padres del mozo raptador, para dar la cara por el hijo y ofrecer una satisfacción, de paso que piden disculpas y comprensión por el arrebato de los jóvenes.

-Son cosas propias de la juventud, que tóos hemos hecho- Será la frase de justificación y consuelo más empleada en el caso.

No hay reproches agrios ni situaciones tensas en esta primera entrevista de los padres, que ya son de hecho consuegros para toda la vida. Además sería una torpeza iniciar lo que ya es una unión familiar indisoluble, con disgustos y recriminaciones que no pueden deshacer lo hecho. Hay que tomar las cosas con conformidad y desear que lo hecho sea para bien de todos.

Lo primero que se negocia en esta visita es el perdón de los tórtolos y el permiso de los padres para que puedan volver a la casa sin temor a ser mal recibidos o recriminados por su acción. Y ni que decir tiene que el perdón y el permiso se otorga con mil amores, ya que lo que se desea es que la pareja vuelva cuanto antes a la casa, que es su casa.

También suele tratarse en esta entrevista a nivel de padres, otras cuestión más práctica, como lo es el futuro de la pareja desde el punto de vista económico, exponiendo cada padre sus intenciones respecto a la ayuda que piensa o puede prestar a la nueva familia que se ha creado. Para esto no existe regla fija ni obligaciones previstas, sino que cada padre procura arrimar de su parte lo que humanamente esté en su mano, a fin de que la nueva pareja inicie su andadura lo mejor posible, y sin echar en falta nada de lo que tenían antes de unirse.

Lo más corriente es que los primeros meses de unión los pasen viviendo, indistintamente y por temporadas, en casa de unos padres o de otros, según la falta que en cada momento puedan hacer para echar una mano en el trabajo, porque hay que aclarar, que aunque en apariencia las nuevas parejas vivan a costa de los padres, la realidad es que no se comen el pan gratis, ya que bien estén en una casa o en otra, no están como invitados, sino que trajinan y trabajan a la

par que toda la familia, sin que su condición de recién casados les otorgue el menor privilegio, salvo el de tener un cuarto independiente para dormir.

En definitiva, para los padres no resulta ninguna carga el hospedaje de la pareja, y es, por el contrario, que en la mayoría de los casos resulta una ventaja, por lo conveniente que resulta contar con su ayuda cuando aprieta el trabajo.

Por otra parte, esta situación es siempre provisional, y solo dura el tiempo necesario para que la pareja consiga poner su casa aparte e independizarse, que es la ilusión de todas.

Mientras esto llega, los padres les dan dinero para sus gastos personales, y les van comprando, en la medida que pueden, ropa, muebles y el ajuar de casa preciso, de forma que cuando digan de ponerse aparte, cuenten con el equipo adecuado para empezar. En la mayor parte de los casos el primer mueble que se les compra es la cuna, porque es el que necesitan con más urgencia.

Volviendo a nuestros fugados, y abundando en lo dicho que no resultan una carga para los padres, sigo con el relato.

Al día siguiente de la visita de los consuegros, aparecieron la Joaquina y el Javier en el cortijo. Llegaron al oscurecer, que según tengo entendido es la hora que prefieren todas las parejas para dar la cara después de la fuga. Y es una hora bien escogida, porque entonces la luz es escasa, se llama menos la atención por los caminos y, por la misma causa de verse todo un poco en penumbra, resulta menos embarazoso el primer encuentro con la familia. A fin de cuentas la vergüenza siempre tira un poco.

Los dos llegaron muy seriecitos y con la mirada baja, como niños que han cometido una travesura y esperan resignados la reprimenda de los mayores. Se les notaba tensos y avergonzados. Pero no hubo reprimenda ni gestos adustos, sino muchos besos,

muchos abrazos y algunas lagrimitas a cargo de la tía Concepción. Al ratillo había desaparecido toda la tensión inicial y reinaba en la casa una franca alegría.

A la mañana siguiente, y por lo que decíamos antes, la Joaquina se fue con sus hermanas a recoger almendra, y el Javier enganchó su par de mulas y se fue a labrar, para que su suegro pudiera terminar un pajar que tenía a medias.

Las llamadas lunas de miel duran muy poco en el campo.

La pareja se casó un mes más tarde casi en secreto, como suelen hacerse estas bodas a "río pasao", sin anuncio ni acompañamiento de invitados. Los padres se pusieron al habla con el señor Cura, se concertó la fecha, y una mañanica bien temprano les echaron la bendición sin que nadie se enterara. Sólo estuvieron presentes en la sencilla y temprana ceremonia los padres y los hermanos mayores de ambos contrayentes. Ni siquiera a mí me dijeron nada.

Así es como se celebran siempre estas bodas pos-fuga, con la menor publicidad posible; más que nada, creo yo, por respeto a la Iglesia. En algunos casos se varía el horario, y en lugar de citarlos el Cura al amanecer, los cita ya anochecido, lo que viene a ser lo mismo para evitar curiosos.

